

su parte no está contenido en la conciencia moral, está en contradicción con aquellos seres que podemos poner entre el paréntesis de la posibilidad de la conciencia moral. VII. Al llegar al umbral de la idea de tolerancia puede decirse que la exigencia de ésta se halla en que su finalidad reclama el reino de Dios y la superación del mal. Una Iglesia que mueva a los hombres en la libertad de su fe por la razón puede llamarse tolerante. Tal tolerancia está en el espíritu del cristianismo, y las condiciones de aquélla corresponden a lo que Kant llamó liberalidad. VIII. ¿Cómo se da la tolerancia en la Iglesia y en el Estado? «Tolerancia es una disposición habitual de algunas personas para eliminar todo comportamiento odioso con otras personas y no poner en este comportamiento ningún obstáculo». La tolerancia, fundada en el espíritu del cristianismo y en la moral, abre el camino para un derecho de la humanidad.—RAFAEL GUTIÉRREZ GIRARDOT.

BROCK (Erich): *Über die Rolle des Philosophie im heutigen Geistesleben*, en «*Studia Philosophica*», vol. XL, 1951 (págs. 26-40).

Comienza el profesor E. Brock estableciendo una comparación que nos permita comprender el porqué de la paulatina desaparición del «*instituto artístico*». Nos sucede, dice, como a ciertas especies de razas o perros: el exceso de artificiosidad y cuidados nos mató. Así explica el fenómeno que viene observándose en Europa y Asia oriental desde 1830 con relación al arte.

Saca dos consecuencias, que responden a una común pregunta: ¿empiezan a faltar los atributos fundamentales de todo arte en el actual? El profesor de Zurich no duda en responder afirmativamente.

Desde el punto de vista intelectual no podemos hablar de arte sin comprender sus dos componentes esenciales: forma y contenido. La primera consecuencia será decirnos lo en olvido que ha caído en el arte actual esta condición esencial.

Desde un punto de vista meramente sensitivo no debemos hablar sólo de lo abstracto; es preciso anclar y abordar lo concreto. Esta es la segunda consecuencia. Si a nuestro arte le faltan estos dos atributos es inequívoco que no marcha bien.

El juzgar de la bondad o malicia de

un sistema filosófico no es todo ni agota las posibilidades de nuestra mente. Deseamos el acontecimiento, la parcelación de verdad que encierra en sí todo sistema. La verdad de un sistema está en consonancia con su acoplamiento a la realidad. Aspecto vital de la filosofía. Mas la filosofía, ¿es que se «sustenta» en lo sustante, en lo real, o es acaso un mero concertar ecléctico de los diversos temperamentos humanos? En otras palabras, ¿es un *wie*, un *cómo objetivo*, o por el contrario, un *cómo subjetivo*?

La filosofía y la ciencia se entrecruzan de continuo. La ciencia acude a la filosofía para fundamentar la propia calidad de sus elucubraciones. El hombre no puede cumplir con su deber en el orden intelectual si no ve vinculados sus esfuerzos a una correspondencia en lo objetivo. Ni Hegel ni los románticos tenían la razón. El comercio barato con lo absoluto, desgajado de lo real, ha contribuido a la ruina de Europa, y es un pecado que los hombres empiezan a cometer en tiempos de Platón. El absoluto no se obtiene de la nada: nada es la dialéctica pura. A la nada hemos de añadir una unidad: lo positivo, la existencia. Hemos de comparar la nada con lo absoluto. No olvidemos, recuerda Brock, que la filosofía, aunque sea dialéctica, tiene que ser práctica, tiene que dirigirse a lo real. Teoría y obra. Idea y realidad. La mejor actitud para filosofar en el mundo de hoy es poner en juego el propio yo con sus intereses vitales. El que quiere vivir a la fuerza ha de preguntarse y buscar en ciertos problemas, que es tanto como filosofar. El que no quiere vivir «que esconda sus talentos». Compréndase el papel que puede jugar la filosofía en un mundo de tantos interrogantes como el nuestro.—SALCEDO, S. I.

ENDRES: *Die Grenzen des Geschichtlichen*, en «*Divus Thomas*», tomo XXX, fasc. 1 [marzo 1952] (págs. 73-101).

El problema de la historia ha sido siempre una de las grandes preocupaciones de la humanidad. Desde Grecia hasta hoy, la Historia ha ido dibujándose su propio ámbito y el hombre, frente al modo de ser de la naturaleza, ha descubierto este otro modo de ser propio de la Historia. Frente al sentido tradicional que consideraba muy *in obliquo* la Historia, a partir del romanti-

cismo el pensamiento moderno se ha consagrado *in recto* al análisis de la realidad histórica. A partir de Hegel y Comte, y tras aquel esforzado trabajo de los gigantes de la escuela histórica alemana (Humboldt, Savigny, Boeck, Ranke, Trendelenburg), Guillermo Dilthey colocó a la Historia como centro de la filosofía y del hombre. El puesto esencial que el problema de la historicidad ocupa en el pensamiento actual es lo que ha movido a Endres a intentar abordar el problema de sus límites. Para Endres el historicismo que parece predominar en la titulada filosofía existencial y su mirada hacia lo contingente y concreto tendría sus raíces en el nominalismo medieval, como una reacción contra la metafísica esencialista, de vieja raigambre platónica.

Endres estudia el problema con bastante detenimiento, arrancando de Platón y Aristóteles, pasando por la escolástica y deteniéndose en Kant, Hegel, Dilthey, Spengler y Marx hasta llegar al existencialismo. La consideración de que el hombre es hijo de su tiempo y la afirmación sartriana de que el ser del existente es histórico, en fin, que la esencia humana sería la historicidad y que la Historia es una categoría óntica y no ontológica, son analizadas por el autor, que somete todo el problema a una crítica bastante detenida, de acuerdo con sus puntos de vista escolásticos. M. CRUZ HERNÁNDEZ.

ENDRES: *Die Teleologie im Vitalgeschehen*, en «Divus Thomas», tomo XXX, fasc. 4 [diciembre 1952], páginas 439-461.

Se propone el autor el difícil problema de los principios teleológicos que pueden darse en los fenómenos vitales. ¿Tienen o no los procesos orgánicos una naturaleza teleológica y en qué sentido? Indudablemente el problema tiene un alto interés para la filosofía y bien se merece un estudio detallado. Pero, en este caso, el autor ha atacado el problema, no desde el punto de vista de la realidad de los fenómenos vitales, sino en función de su ideología y de la polémica de un grupo de pensadores en torno al tema —Hartmann, Conrad-Martins, Troll, Mittasch y otros—. Pese a ello logra distinguir entre los diversos tipos de finalidad que pueden observarse en los fenómenos vitales; pero creemos que la clave del problema —qué

hay que entender por *finalidad* en la naturaleza orgánica— queda sin tocar. El problema es difícil, desde luego, pero no imposible; y esta es ocasión para indicar al menos que Xavier Zubiri, entre nosotros, ha abordado el tema en alguno de sus cursos con una riqueza de datos y experiencias y con una profundidad de análisis que no encontramos precisamente en este trabajo que acabamos de reseñar. Los errores a que ha conducido la equivocidad de términos como *causalidad*, *finalidad*, *actualidad*, etc., y su confusión con causación, causacidad, finalicidad, actualicidad, actuacidad, etc., etc. (muy feos y mal sonoros, desde luego, por inusitados, pero no por ello menos necesarios), late en torno a este problema teleológico; y para resolver la aporía no es el mejor recurso la discusión a base de vocablos que, pese a la identidad del término, no tienen igual contenido, por ejemplo, en Aristóteles, Santo Tomás, Newton, Kant, o la actual ciencia de la naturaleza.—M. CRUZ HERNÁNDEZ.

WIGERSMA (B.): *Zur Geburt der Naturgesetze*, en «Revue Internationale de Philosophie», 1952, fasc. 1 (págs. 50-61).

Entre los muchos misterios que nuestra razón descubre destaca el de las leyes naturales. Porque ¿cómo es posible que los cuerpos materiales sigan tan estrictamente esas leyes? Las leyes no son ni cosas ni algo material; son algo pensado, y, por tanto, espiritual. ¿Cómo pueden las cosas que no piensan comportarse de suerte que parecen comprender las leyes hasta el punto que decimos que las *obedecen*? Más aún. Cuando nos manejamos con partículas elementales, como moléculas, átomos y electrones, observamos que aquéllas no siguen estrictamente las leyes naturales, y en los procesos que intervienen muchas de tales partículas vemos que sus desviaciones de las leyes se compensan mutuamente, de manera que si no hay leyes hay regularidades estadísticas. Estos hechos permiten al físico moderno hablar de una consciente libertad de los elementos naturales. Pero aun cuando esto sea exagerado y no debemos hablar «todavía» de libertad, es inevitable pensar que la naturaleza *esencialmente* debe ser algo espiritual, pues sólo lo espiritual permanece, mientras lo material cambia incesantemente. ¿Y